

*Supongamos que dentro de cien años nuestra lengua deje de existir...*

I

La amable invitación de Donostia / San Sebastián 2016 llegó en pleno verano. Se trataba de participar en un encuentro que había de celebrarse en el mes de diciembre y en el que se debatiría esta hipótesis tan desasosegadora. Respondí que sí con la despreocupación, la ligereza y el entusiasmo vacuo propios de la época estival. Quedaba tiempo para reflexionar sobre los interrogantes que planteaba esa suposición, para pensar en el contenido de mi intervención, tiempo para las dudas, para las reticencias, para la tímida esperanza de que el encuentro finalmente no se celebrara, mucho tiempo en los meses melancólicos de otoño, con sus crecientes tinieblas, sus lluvias, con el esplendor decadente de las hojas cuando los árboles, antes de desnudarse, parecen gigantescas flores doradas. Por último, ya en una de las salas inhóspitas y chillonas del aeropuerto del Prat, a punto de embarcar rumbo a San Sebastián, me preguntaba como siempre en estos casos: ¿Por qué voy? ¿Por qué voy? Al ritmo de la pregunta latía el corazón. Su respuesta, sin embargo, era clara. Iba porque había leído el extraordinario libro de la persona que convocaba el encuentro, *Eskarmentuaren paperak* de Anjel Lertxundi, traducido al español con el título de *Vida y otra dudas*. Cuando lo leí, hace unos años, enseguida percibí una cercanía, un parentesco. Reconocí el paisaje literario por el que paseaban sus páginas, el de los Kosztolányi, Márai, Kertész, Gombrowicz, Miłosz, Klaus Mann, Joseph Roth; y conocí también otro mundo que me resultaba menos familiar, el del euskera. Y es en la página 148 del libro de Anjel Lertxundi, precisamente, donde aparece la inquietante frase de Witold Gombrowicz que inspira y de alguna manera preside el encuentro: «Si dentro de cien años nuestra lengua todavía existe...»

Gombrowicz la escribió en una carta a Czesław Miłosz y aludía a su idioma, el polaco. La inquietud de Anjel Lertxundi se refiere al futuro del euskera, una lengua que denomina no hegemónica. He de decir que también trabajo con una lengua que en la actualidad podría percibirse como no hegemónica, como no imperial, a pesar de las muchas diferencias debidas a la historia, a la situación geográfica, etcétera. Se trata del húngaro. Traduzco del húngaro, un idioma aglutinante, por cierto, igual que el euskera, rodeado de lenguas que no lo son. Una de las características que se observan en quienes escriben en esas lenguas que Anjel Lertxundi denomina no hegemónicas es cierto cuestionamiento, cierta fisura, cierta grieta, cierta duda en la percepción del lenguaje, el cual no se presenta como una superficie lisa y por tanto invisible, no con la naturalidad de un lago que está siempre allí. De ahí que las preguntas que algunos les formulan a quienes escriben en esas lenguas, que Anjel define con razón como irrespetuosas y que no se les hacen a los escritores en idiomas llamados hegemónicos: «¿por qué escribe usted en esta lengua?», «¿qué significa para usted escribir en esta lengua?», a veces se interioricen, se vuelvan asimismo interiores: «¿por qué escribo yo en esta lengua?» «¿qué significa para mí escribir en esta lengua?» Las plantea también el premio Nobel de Literatura del año 2002, el húngaro Imre Kertész, y llega a conclusiones tajantes y a la vez ambivalentes.

Kertész se define en alguna ocasión – no siempre – como un escritor del Holocausto, se sitúa en un plano con el polaco Tadeusz Borowski y con el austríaco Jean Améry. Y dice en *La lengua exiliada*: «El escritor del Holocausto es en todas partes y en todas las lenguas un exiliado intelectual que siempre solicita asilo a lenguas extranjeras...». Y esto no se refiere tan sólo a que su obra se difundiera a través de la traducción, aunque él haga hincapié en ello más de una vez, sino a que la misma lengua en que escribe es en cierta medida extranjera respecto al lenguaje que habría de ser el propio del Holocausto. Porque este no tiene

su lengua; para expresarlo cabalmente sería preciso crear una lengua nueva. Redactada en húngaro, en alemán, en italiano, en polaco o en griego, la literatura del Holocausto escribe en un idioma prestado, porque el idioma capaz de expresarlo no existe, porque el superviviente es por su naturaleza misma un marginado, porque la que debería ser su lengua desde luego no se corresponde con el lenguaje dominante, el lenguaje de los otros. Kertész cita al polaco Tadeusz Borowski, superviviente de Auschwitz, quien dice: «Nos acallan con sus gritos los poetas, los abogados, los filósofos, los curas.»

Imre Kertész tenía una relación ambigua con su lengua. «Mi desgracia es que escribo en húngaro», señala en alguna ocasión. «La lengua más ajena, la que hablo al nivel de una lengua materna, es para mí el húngaro.» O, en *Diario de la galera*: «la lengua húngara siempre será de segunda fila, ignorada y malinterpretada; la cultura húngara nunca tendrá cabida en la cultura que cuenta, en la universal, porque la cultura húngara siempre se considera de segunda fila, ignorada y malinterpretada.» Al mismo tiempo, es entre otras cosas el idioma el que lo decide a permanecer en su país cuando se le presenta la oportunidad de marcharse en 1956; se queda porque tiene que escribir su novela; así se plasma, elevado a ficción, al final de su novela *Fiasco*. Y Kertész se deleita también con los matices de su lengua, como demuestra en diversos pasajes de su obra, en sus consideraciones sobre cuestiones de estilo o en su amor por ciertos escritores húngaros como Szomory o Krúdy, grandes prosistas con cuya escritura gozaba.

Ahora bien, esta relación de cierta distancia, de cierta duda respecto a la lengua en que se escribe está igualmente presente en los idiomas hegemónicos o imperiales. Diría que, no por casualidad, en su periferia. En el ámbito del alemán, por ejemplo, se produce sobre todo en Austria. Una de las características de su literatura es precisamente la reflexión permanente sobre el lenguaje, la duda respecto al lenguaje, la crítica del

lenguaje. El austríaco es un alemán pequeño, un alemán «menor», podríamos decir parafraseando a Deleuze y Guattari, quienes se referían a la escritura de Kafka y al alemán de Kafka, el de Praga; también el de Paul Celan venía de la periferia, de los confines de lo que fuera el imperio austro-húngaro.

## II

Otro elemento que me llamó la atención en el extraordinario libro de Anjel Lertxundi son sus valiosas consideraciones sobre el lenguaje administrativo, burocrático: «Que la unidad y el futuro del euskera está en manos de los técnicos es algo que los políticos nos han hecho creer, a través de su práctica, y en ese convencimiento viene actuando desde hace tiempo el mundo relacionado con el euskera.» Y añade: «La principal característica de este tipo de lenguaje es la pobreza: es monótono, de léxico unívoco, de secuencia morfosintáctica invariable, monocromo, de tono extremadamente árido (idóneo para la comunicación entre robots) [...] No marca la diferencia entre lenguaje oral y escrito, no entre los diversos registros, lo allana absolutamente todo en la vulgaridad (es capaz de aburrir a las lapas) [...] Los medios de comunicación, el lugar de elaborar su propio código, imitan el lenguaje burocrático y, aún peor, avalan ese lenguaje burocrático. (Los medios de comunicación se han convertido en altavoz del poder, también mediante transmisión de un determinado tipo de lenguaje.)»

Karl Kraus, a quien, como es sabido, he traducido mucho y a quien he estudiado también mucho, Kraus, digo, en su sátira *Ampliado y profundizado* escrita a finales de la Primera Guerra Mundial, se burla precisamente de este papel de lo que entonces era la prensa y lo que hoy son los medios de comunicación en general. Y da a entender que a partir del siglo XX el mismo lenguaje es compartido por el poder y por los medios de comunicación, de modo que la pretensión de estos de vigilar a

aquel resulta una farsa. No pueden hacerlo, porque su lenguaje es el mismo. La prensa, sugiere Kraus, es consustancial al funcionamiento del Estado moderno, así como a su lengua. Esta alianza entre administración y medios de comunicación va ligada, además, a la concepción limitativa de que el lenguaje no es más que instrumento, sea de información o de desinformación. Así, la lengua, alimentada de tópicos y ahogada en ellos, alejada tanto de la experiencia como de la idea, acaba despojándose de su poder expresivo, de sus múltiples facetas para dejar una sola, que lo impregna todo, a los lectores, a los escuchantes, a los hablantes y hasta las cosas. Nos hallamos ante un proceso que parece definitivo, que parece inevitable y que sólo puede verse con preocupación.

### III

*Supongamos que dentro de cien años nuestra lengua deje de existir...*

Esta frase manifiesta angustia respecto al futuro... Reina hoy en día una intensa incertidumbre en cuanto a nuestro porvenir, dada la situación económica, política y social de crisis, pero también dadas las perspectivas que abre la tecnología. Toda una dimensión apocalíptica vibra, en general, en cómo percibimos nuestra civilización tecnológica.

Hace muchas décadas ya que la tecnología despierta una enorme inquietud, una inquietud apocalíptica, en relación con el futuro del hombre. Porque la civilización tecnológica pone en peligro la existencia misma de la humanidad. Porque existe la posibilidad de una manipulación sustancial del ser humano a través de ciertas prácticas en el campo de la ingeniería genética. Por la enorme distancia que separa los actos en el ámbito de la técnica y sus consecuencias; pensemos, por ejemplo, en la energía nuclear y en sus desechos, que seguirán durante siglos y siglos amenazando el entorno y la salud de los seres vivos. Porque ya no estamos hablando de una herramienta, de un instrumento, de una prolongación de nosotros, pues nosotros mismos acabamos convertidos en

instrumentos, en herramientas, en cobayas de los propios cambios tecnológicos. Hay una dialéctica, se crean nuevos fines y nuevas demandas hasta ahora impensables y, además, prescindibles que inundan nuestras vidas. La tecnología crea una dinámica propia que nosotros ya no conseguimos dominar. Pensemos, además, en el hecho de que hoy en día el capital ya no está en disposición de garantizar el empleo, de que tiende a hacer desaparecer al hombre de los puestos de trabajo y a sustituirlo por máquinas, por robots. Es algo evidente, algo bien visible. Es decir, nos hallamos en un escenario de preocupación, de angustia y de incertidumbre respecto al futuro.

En este marco se inscribe, entiendo yo, la hipótesis de que la lengua que hablamos, la lengua en que escribimos, en cien años deje de existir. Es decir, esa preocupación por el lenguaje se inscribe en una preocupación o una angustia general por el futuro. Y no se trata tan sólo del euskera. ¿Qué pasará con nuestra lengua? ¿Qué pasará con nuestras lenguas? El Departamento de Energía del gobierno de Estados Unidos, por ejemplo, viene reuniendo desde el año 1983 a lingüistas, arqueólogos, antropólogos, científicos, escritores de ciencia ficción y futurólogos con el propósito de indagar en cómo alertar en el cementerio nuclear situado en Carlsbad, estado de Nuevo México, de los riesgos que correrá quien se acerque al lugar dentro de miles de años. ¿Cómo transmitir dentro de diez mil años a los hombres – si es que son hombres – que lo que allí está almacenado es peligroso, altamente contaminante? Se considera sumamente improbable que las lenguas actuales sobrevivan hasta entonces, de manera que no se entenderán las advertencias que instalemos ahora. Se piensa, por tanto, en imágenes, en íconos, en *El grito* de Edvard Munch, por ejemplo, para avisar de los peligros. Para hacerse una idea, pues, baste con decir que existe un desasosegador campo interdisciplinar llamado «semiótica nuclear». Ahí hemos llegado...

#### IV

Una de las reuniones del grupo Eranos – que desde los años treinta congregaba anualmente en la ciudad suiza de Ascona a filósofos, teólogos, científicos; la palabra griega *eranos*, por cierto, significa «comida en común», «comida de amigos», o sea, algo parecido a nuestro encuentro –, la reunión de 1970, es decir, de hace casi cinco décadas, se celebró bajo el título de «Hombre y palabra». Participaron el teólogo Ernst Benz, el filósofo y estudioso de la mística judía Gershom Scholem y otros eruditos; aquel encuentro se debía, según señaló el primero, a que «somos testigos de una sorprendente aceleración de la evolución del lenguaje que conduce ni más ni menos que a la supresión del lenguaje. Se hace visible en la automatización, en los ordenadores inventados por el propio ser humano a las que nuestra civilización moderna ha confiado la planificación de nuestros diversos ámbitos de la vida...»

Como he señalado, he trabajado durante muchos años en la obra del satírico austriaco Karl Kraus, el fundador y autor de la revista *Die Fackel*, *La Antorcha*. También él fue un escritor apocalíptico. Una de sus grandes obras se titulada, no casualmente, *Los últimos días de la humanidad*, que trata de la Primera Guerra Mundial. Al mismo tiempo, Kraus era un autor preocupado por la degradación del lenguaje. Es decir, da la impresión de que existe un vínculo entre una angustia que podríamos llamar apocalíptica y una preocupación por la degradación e incluso supresión del lenguaje.

#### V

Quienes han indagado en las reflexiones filosóficas sobre la lengua o las lenguas saben que a partir de un determinado momento se habla profusamente de su evolución, de su serie de transformaciones, de su historia. Ocurre, por ejemplo, en la concepción histórica del filósofo

napolitano Giambattista Vico y en su concepción paralela de la historia del lenguaje. Vico establece ciertas edades o épocas en la historia y al mismo tiempo también en la lengua. En su *Scienza nuova* habla de una edad divina, de una edad heroica y de una edad humana; dicho de otro modo, una época teocrática, una época aristocrática y una época democrática; una que ensalza a los dioses, otra que ensalza a los héroes y una tercera que ensalza a los hombres. Y añade: «En relación con estos tres tipos de naturalezas y gobiernos se hablaron tres especies de lenguas», tres especies de lenguas que él luego especifica y describe. A nosotros nos correspondería la era humana, democrática, de lengua prosaica, la propia para los «usos vulgares de la vida». Afinando un poco, más inmersos como estamos que Vico en este tiempo, podríamos decir que a esta época le corresponde el lenguaje burocrático-periodístico al que se refiere Anjel Lertxundi y que lo inunda todo, esa lengua árida, monocroma, unívoca, estatizada a la que estamos habituados.

No es desde luego casual que Vico escribiera sobre la historia de la lengua a comienzos del siglo XVIII. En aquel siglo, la discusión en torno al lenguaje y a su origen fue esencial y agitado. Escribieron al respecto Jean Jacques Rousseau o Johann Gottfried Herder o Johann Georg Hamann u otros. Se resquebrajó el convencimiento del origen divino de la palabra. Esta se convirtió en algo humano. La Academia Berlinesa de las Ciencias convocó en 1769, a instancias de Federico el Grande, un concurso para demostrarlo. Se trataba de una cuestión fundamental. La pregunta era: *En supposant les hommes abandonnées a leurs facultés naturelles, sont-ils en état d'inventer le langage?* El concurso lo ganó Herder, quien había presentado un ensayo titulado *Tratado sobre el origen de las lenguas*. Se produjo a raíz de esta obra una polémica entre Herder y Hamann. Este, que se definía como filólogo cabalístico, insistió en el origen divino de la palabra. En general, la palabra ocupaba un lugar

central en sus reflexiones. Toda su polémica se dirigía contra la desaparición de la magia del lenguaje, contra la pérdida de su expresividad, de sus colores y matices, contra lo unívoco, contra la simplificación, contra la primacía de la abstracción, pues, según él, hasta la razón posee un fondo lingüístico y, por tanto, poético. *Rede, dass ich dich sehe!*, «¡Habla para que te vea!», es una de sus frases más citadas. El manifestarse de los seres ya es un lenguaje. Para Hamann, este es múltiple; dice, sugiere, irradia, expresa hasta lo que no quiere expresar. Consideraba – como también pensaba Vico – que la poesía era «la lengua materna del género humano». Hamann, como hemos dicho, se definía como filólogo cabalístico. No vamos a extendernos aquí por el inmenso mundo de la concepción del lenguaje en la mística de la Cábala, sólo apuntar el enorme abismo que separa esa concepción y la nuestra, hoy en día, del lenguaje como instrumento, como medio de comunicación e información o, si se quiere, de incomunicación y desinformación que desemboca en esa lengua árida, monótona, monocroma, unívoca de la cual habla Anjel Lertxundi. Para la Cábala, la palabra divina, la palabra que crea el mundo de la nada, es el prototipo de la palabra del hombre. Esta, a su vez, refleja la palabra creadora de Dios. Hablar es reproducir la creación divina. En el *Séfer Yetzirah*, uno de los textos cabalísticos primordiales, el alfabeto es origen del lenguaje y al mismo tiempo origen del universo en general. De este nexo se desprende también el necesario cuidado de la lengua. Algunos escritos de la Cábala llegan a afirmar que la Torá entera es el nombre de Dios. Por tanto, cualquier mínimo error en la transcripción del texto destruiría el mundo.

¿Cómo sería el mundo sin el lenguaje? Simplemente no sería. Esa es la idea que sustenta la filosofía del lenguaje de la Cábala. La palabra es consustancial al mundo. «Toda habla», dice Novalis. Nos hemos referido a la idea del origen divino de la palabra, también a la idea de la poesía

como lengua materna de la humanidad, es decir, a representaciones que le dan la vuelta a cierta arrogancia de nuestro presente, el cual cree que hemos alcanzado la cima, que el ser humano empezó a hablar balbuciendo como un niño y ha llegado en un progreso continuo a la altura en que nos hallamos.

Algunos, sin embargo, ven este proceso a la inversa. En la obra de Karl Kraus también encontramos una genealogía del lenguaje; mejor dicho, una genealogía de su descenso, de su degradación, a la cual le pone fecha. Data el comienzo de esta degradación – y, muy en su línea apocalíptica, del ocaso del mundo – en el surgimiento del lenguaje periodístico con su escaso rigor, su escaso pensamiento, en la conversión de la lengua en mero instrumento de información o desinformación, en almacén de tópicos, en automatismo desconectado de la experiencia y de las ideas, para lo cual el periodismo se adentra, además, en territorios que no le son propios, la literatura, por ejemplo, a la que fagocita. El lenguaje entero acaba inundado por este, el periodístico, al que Kraus atribuye todos los males: el estallido de la Primera Guerra Mundial e incluso el surgimiento del nazismo. El mal lenguaje es para él síntoma de degradación moral. El cuidado del idioma, en cambio, una escuela de moralidad. A comienzos de los años treinta, cuando Shanghai era bombardeada por los japoneses, él se ocupaba básicamente en cuestiones lingüísticas, de gramática o de estilo. Se lo reprocharon. Y él respondió: «Mientras Shanghai es bombardeada, yo me ocupo de las comas. Ocurre desde la fe en que Shanghai no sería bombardeada si las comas estuvieran en su sitio.» Vemos aquí qué hilos tan sólidos vinculan esta frase con las ideas cabalísticas, con la exaltación, con el encumbramiento de la lengua, con la glorificación de la palabra que se produce en la mística lingüística de la Cábala. El orden del lenguaje es el orden del mundo. Desarreglar el primero equivale a desarreglar el segundo.

## VI

En una ocasión, en un texto en el que Karl Kraus ataca a los puristas en cuestiones lingüísticas que se hicieron fuertes al comienzo de la Primera Guerra Mundial y aprovecharon aquel momento de confrontación para imponer sus tesis y conseguir que las autoridades prohibieran determinadas palabras de origen extranjero, sobre todo inglés o francés, Kraus cita a Goethe, quien dice lo siguiente: «Limpiar y enriquecer la lengua materna es tarea de las mejores cabezas. La limpieza sin enriquecimiento suele revelarse a menudo carente de ingenio [...] El hombre ingenioso amasa su material léxico sin preocuparse de en qué elementos consiste; el carente de ingenio bien puede hablar con pureza pues no tiene nada que decir. [...] Hay muchas formas de limpieza y enriquecimiento que, de hecho, han de colaborar para que la lengua crezca de forma viva. La poesía y el habla apasionada son las únicas fuentes de las que brota esta vida, y aunque en su vehemencia transporten también desechos de la montaña, estos se depositan y las ondas limpias fluyen por encima.»

Sí, la poesía y el habla apasionada son las únicas fuentes de las que brota la palabra viva de los idiomas. Y a pesar de la tendencia a estatizarlos, a burocratizarlos, a asfixiarlos, a someterlos, a convertirlos en secundarios, en comparsas de la imagen, de la propaganda o de una interminable campaña publicitaria, a volverlos áridos y monocromos e inertes, un reguero fluye todavía.

## VII

Parece que queda esperanza a pesar de los nubarrones. Se demostró en el encuentro que se celebró en los luminosos días 12 y 13 de diciembre de 2016 en el espacio mágico del Aquarium de San Sebastián, donde detrás del escenario se desplazaban en la gigantesca pecera, invisibles gracias a una oportuna cortina, los escualos, las rayas, las morenas, las tortugas y

las medusas. Oportuna la cortina pues esos parsimoniosos animales habrían centrado la atención del público y habrían podido acallar o incluso desmentir con su misterioso silencio acuático la oratoria de los ponentes, sus intervenciones esclarecedoras y significativas que venían a decir, por ejemplo, que la multiplicidad reina en la humanidad y reina también en el interior del hombre, que la mayoría de los seres humanos son bilingües, que al escritor le resulta fructífero crear su obra en la periferia donde evita el inexorable empobrecimiento mental que supone la proximidad al núcleo del poder, que la materia con que trabaja el escritor no es este o aquel idioma sino el lenguaje en sí, que no estamos anclados a una identidad, sino que somos fluentes, nos hallamos en continuo devenir, que en la traducción se pierde algo, pero se gana más, que la traducción incorpora la literatura universal a un idioma, el cual así se enriquece. La guinda la puso la música, como tantas veces. Cantó Antxon Valverde poemas de Lauaxeta, de Lizardi. Palabras hermosas, más hermosas aún cuando las eleva, como un marionetista, la música. Pero eso es ya otro capítulo...